

La España costumbrista en el *Magasin Universel* (1833-1839) y el *Magasin Pittoresque* (1833-1860)

Jean-René Aymes

Université Sorbonne Nouvelle, Paris III

En las dos revistas que voy a examinar hay apartados en principio ajenos al enfoque costumbrista o «peinture de moeurs» en francés: se titulan «Arquitectura», «Geografía», «Viajes», «Historia», «Biografías», «Legislación», «Instituciones», «Literatura y moral», «Artes varias» y «Ciencias». Mi mirada se centrará en los apartados titulados «Modos de vida», «Costumbres», «Vestidos», «Creencias», «Mobiliarios», «Tipos varios», (traducción mía de «Coutumes»), «Habits», «Croyances», «Ameublement», «Types divers». Descartaré también los comentarios políticos, los relatos de viajes, los panoramas sobre el país vecino, los estudios específicamente literarios y los relatos ficcionales.

He renunciado al examen de dos conocidas revistas en las que figuraba España: la *Revue de Paris* y la *Revue des Deux Mondes*, porque sobre esta última existe el viejo estudio de Wilson Server, *L'Espagne dans la Revue des Deux Mondes (1829-1848)*, en el que el autor toca parcialmente el tema costumbrista¹. He escogido le *Magasin Universel (MU)* (1833-1839), nunca estudiado –que yo sepa– en cuanto a las referencias a España y, sobre todo, el *Magasin Pittoresque (MP)* que se publicó a partir de 1833 y alcanzó el final del siglo XIX². El motivo de mi predilección es doble:

1 - Paris, E. de Boccard, 1939.

2 - Con algo de sorpresa y decepción mía, a pesar de la riqueza e interés de su contenido, observo que el estudio «fundacional» de Marie-Laure Aurenche sobre el *Magasin Pittoresque* no aporta nada en cuanto a la imagen costumbrista de España, ni siquiera a la imagen multiforme de España, mientras que en el apartado dedicado «À la découverte du monde», figuran otros

el *MP* es el posible modelo de la revista española el *Semanario Pintoresco Español*, el más claro representante del costumbrismo español³. En segundo lugar, el *MP*, por la duración de su vida, permite aprehender una evolución en el tratamiento de la España costumbrista, siendo mi objetivo confirmar e ilustrar una tesis verosímil, nunca examinada detenidamente por los hispanistas, a saber que, a lo largo de los decenios 1830-1850, la mirada francesa sobre los españoles se va empobreciendo conforme van declinando la moda española y el grado de curiosidad y admiración que habían suscitado hasta entonces los habitantes y su tierra. Pero la moda española en Francia no se extingue totalmente a mediados del siglo XIX y perdura cierta demanda del público, porque, a pesar de la fuerza de los estereotipos, sobrevive la impresión, aparentemente contradictoria, de que todavía no se conoce a fondo la Península.

La continuidad

En el enfoque de la España costumbrista se combinan o yuxtaponen en proporciones variables los estereotipos que proliferan en las obras mediocres al lado de informaciones supuestamente objetivas cuando proceden de obras de reconocido mérito y al lado de las aportaciones personales –impresiones y anécdotas– que confieren subjetividad y cierta originalidad a los textos.

Las principales fuentes francesas del costumbrismo («peinture de mœurs») de tema español son, durante la primera mitad del siglo XIX, las evocaciones panorámicas, anunciadoras de las actuales Guías turísticas, principalmente el *Tableau de l'Espagne moderne* de Jean-François Bourgoing, que se reedita varias veces a partir de los últimos años del siglo XVIII, hasta una quinta edición en 1823⁴, y también el *Itinéraire*

países europeos (Italia, Islandia, Noruega, Bélgica...) y extra-europeos (China, Camboya...).

Se trata del libro titulado *Edouard Chartier et l'invention du Magasin Pittoresque (1833-1870)*, Paris, Honoré Champion, 2002.

3 - Rubio Cremades, Enrique, *Periodismo y literatura—Ramón de Mesonero Romanos y el Semanario Pintoresco Español*, Alacant, Generalitat Valenciana/Institut de Cultura Juan Gil-Albert, 1995; Aymes, Jean-René, «Le *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857) et la montagne», *Revue des Langues Néo-Latines* (Hommage à Henri Larose), Paris, 3^o trimestre 1999, 310, pp. 71-82; Aymes, Jean-René, «Image et texte dans le *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857)», Guereña, Jean-Louis (dir.), *Image et transmission des savoirs*, Tours, Presses Universitaires François-Rabelais, 2007, pp. 535-548.

4 - Bourgoing, Jean-François, *Nouveau voyage en Espagne*, Paris, Regnault, 1789 –5^o ed.: *Tableau de l'Espagne moderne*, Paris, G. Dufour et E. d'Ocagne, 1823. Sobre esa obra, cf. Fernández Herr, Elena, *Les origines de l'Espagne romantique – Les récits de voyage, 1755-1823*, Paris, Didier, 1973, pp. 69-133.

descriptif de l'Espagne d'Alexandre de Laborde, que llega a una tercera edición en 1834⁵. Los autores interesados por las tradiciones seculares españolas pueden ser los militares que han participado en la Guerra de la Independencia (1808-1814) o en la expedición de los llamados «Cien Mil Hijos de San Luis» en 1823. Esos militares no se contentan con narrar batallas, sitios de ciudades y escaramuzas contra los guerrilleros, sino que suelen amenizar su relato con descripciones, de carácter personal o no, de monumentos, fiestas, ceremonias religiosas, corridas... De ahí que haya costumbrismo donde no se lo esperaba en las *Mémoires sur la guerre en Espagne* de Albert-Jean-Michel Rocca (1814)⁶ y en las *Mémoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne pendant les années 1808 à 1814* de Sébastien Blaze (1828)⁷. Signo de que no envejecen esos dos testimonios, hay todavía reediciones a finales del siglo XIX, en 1887 y 1896 respectivamente. Inesperadamente, también hay costumbrismo en *Mes vacances en Espagne* d'Edgar Quinet (1846)⁸, quien dedica páginas, no sólo a la vida política del momento, sino a «Los brigands. Debemos gracias a Dios» (*sic*), a «Una fiesta en Granada», a «Los toros y el Fandango».

Más tarde, el científico Jacques Boucher de Crèvecoeur de Perthes, en su relato del *Voyage en Espagne et en Algérie en 1855*, aunque utiliza el medio de comunicación moderno del ferrocarril entre Aranjuez y Albacete, no abandona la imagen imborrable de una España arcaica y pobre, constatando que «las fondas de las estaciones son tan rústicas como todo el resto: sólo se hallan vasos de agua como bebida y pequeñas sandías como alimento»⁹.

Todavía a mediados del siglo XIX, a la imagen de España va unida la pésima calidad de los medios de transporte y de los alojamientos para viajeros. En las diligencias y en las «fondas», «ventas» y «posadas»

5 - Laborde, Alexandre de, *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, Paris, H.N. Nicolle, 1808, 3^o ed. «revue et corrigée», Paris, Librairie Historique, 1834. Sobre esa obra, cf. Fernández Herr, *op. cit.*, pp. 205-272.

6 - Rocca, Albert-Jean-Michel, *Mémoires sur la guerre en Espagne* Paris, Gide, 1814. Cf. en su traducción reciente al español *Memorias sobre la guerra de los franceses en España*, ed. de Aymes, Jean-René y Bittoun-Debruyne, Nathalie, Madrid, Silex ediciones/Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2011.

7 - Blaze, Sébastien, *Mémoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne pendant les années 1808 à 1814*, Paris, Ladvocat, 1828.

8 - Quinet, Edgar, *Mes vacances en Espagne*, Paris, Au comptoir des imprimeurs unis, 1846, Ed. posterior: Paris, Pagnère, 1857.

9 - Boucher de Crèvecoeur de Perthes, Jacques, *Voyage en Espagne et en Algérie*, Paris, Treuttel et Wartz, 1859. Un extracto de ese texto poco conocido figura en Aymes, Jean-René, *L'Espagne romantique (Témoignages de voyageurs français)*, Paris, A.M. Métailié, 1983, pp. 191-196.

(palabras a veces empleadas en español), los visitantes extranjeros entablan relaciones personales, aunque someras, con los dueños de esos vehículos y alojamientos¹⁰. En el artículo «Une venta (sic) en Catalogne», publicado en el tomo XXVIII del *MP* de 1860, asoma una discreta distinción entre dicha provincia y el resto de España:

¿Qué cosas no se han dicho acerca de las malas ventas de España y que no se pueden decir todavía hoy? ¿No habrá contado mucho Cervantes en el diluvio de chanzas? Por cierto, los viajeros modernos no han contribuido a la rehabilitación de los hostales de la Península. Es obligatoria una advertencia: es que, en todas las épocas, es la industriosa Cataluña la que escapa mejor a las recriminaciones de los turistas que han recibido malos alojamientos.

Las categorías de la población

Para calibrar la importancia y aprehender la significación del carácter y del comportamiento de los personajes incluidos en este apartado, nada mejor que referirse a la obra colectiva paradigmática titulada *Los españoles pintados por sí mismos*¹¹, publicada en Madrid en 1843. En ella aportaron su contribución unos románticos como el duque de Rivas, Hartzenbusch, Zorrilla, y autores específicamente costumbristas como Mesonero Romanos y Estébanez Calderón. En la contraportada de una edición publicada en 1992 se lee la presentación siguiente:

Una visión literaria y gráfica de los españoles del siglo XIX. La trama descriptiva del centenar de personajes que desfilan a lo largo de estas páginas compone el mayor cuadro costumbrista de la España con el claroscuro de su realidad, con pinceladas optimistas las más veces (...).

Vamos a ver que la docena de personajes descritos o mencionados en el *MU* y el *MP* figura en *Los españoles pintados por sí mismos*, a saber el torero, el aguador, el guerrillero, el mendigo, el contrabandista, el bandolero, el mayoral de diligencias, la posadera, el maragato, el pastor trashumante y varias clases de eclesiásticos.

10 - A propósito del viaje a España emprendido en mayo de 1808 por la joven George Sand, Nicolas Bourguinat notó, hace pocos años, que «el tema de la falta de confort del alojamiento español es un lugar común» en los relatos de viaje. Cf. Bourguinat, Nicolas - Venayre, Sylvain (dir.), *Voyages en Europe - De Humboldt à Stendhal - Contraintes nationales et tentations cosmopolites, 1790-1840*, Paris, Nouveau Monde éditions, 2007, pp. 445-463.

11 - *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Boix editor, MDCCCXLIII, Ed. utilizada: Madrid, Editorial Dossat, 1992.

De los gitanos y de los contrabandistas se tratará en apartados ulteriores, porque apuntaremos mutaciones en su enfoque.

Conociendo el papel eminente que desempeñó la Iglesia española en varios conflictos armados a lo largo de la primera mitad del siglo XIX (Guerra de la Independencia, Trienio Constitucional, guerras carlistas...), parecerá sorprendente que la imagen costumbrista de los eclesiásticos españoles no haya variado sustancialmente. De todas formas, en el *MU* y el *MP* esa imagen apenas se plasma por conllevar significaciones ideológicas y políticas que ambas revistas excluyen. Si los autores aludieran sin toque de humorismo a la ignorancia, al fanatismo o a la lubricidad de los monjes, se situarían fuera del costumbrismo. Pero se mantiene la idea de que los párrocos pueblerinos son más acreedores a la estima que los ocupantes de los conventos. En el artículo «Un village castillan» (*MP*, 1837), cuyo nombre deformado («Villa-Vellid») no permite la identificación, los curas tienen unas costumbres algo pintorescas que les convierten en personajes simpáticos:

Los párrocos suelen tener un carácter jovial; se portan con familiaridad con la gente del pueblo; el domingo, después de la misa, juegan a los naipes en casa de sus feligreses que llevan la vida más holgada; son amados; no pasa lo mismo con los monjes cuyas visitas frecuentes se reciben con frialdad.

Los caracteres regionales

La distinción entre Cataluña, a veces unida al País Vasco, y el resto de España se remonta a varios siglos. Por ser considerados como industrioses, valientes, abiertos al progreso y a la modernidad, los catalanes siguen más o menos excluidos del enfoque costumbrista de España.

Por un motivo distinto, la imagen de los gallegos es invariable y no especialmente atractiva. En el artículo dedicado a «La Corogne» (*MP*, 1851), el autor anónimo habla de «una raza pobre, robusta y laboriosa»; se valora «su sobriedad y honradez».

El enfoque de los maragatos¹² se parece a la de los gallegos en su invariabilidad, pero se distingue por la valoración, no hiperbólica, de su idiosincrasia y por su caracterización socio-profesional. Pero,

12 - Los maragatos eran unos habitantes de la provincia de León que llevaban una vestimenta particular. Muchos de ellos eran itinerantes que vendían productos artesanales fabricados por ellos. Varios mitos les atribuían una filiación con antiguas poblaciones moras y daban a sus vestidos un origen árabe.

globalmente, todo el párrafo siguiente se inscribe en la literatura costumbrista; procede del artículo «Les Maragatos» (*MP*, 1837):

Es una población separada de sus vecinos por su carácter, el vestido y las costumbres. Sólo se casan entre ellos y manifiestan un desprecio profundo hacia cuanto les es ajeno. Casi todos los maragatos son arrieros y carreteros. Son francos de corazón, de una conocida honradez, pero son serios y taciturnos. Se nota que no cantan nunca por los caminos al conducir sus mulas. Tienen una complexión seca y una cara macilenta, aunque son fuertes y vigorosos; sus mujeres son robustas y de una valentía incontrastable.

Añade el autor que esas mujeres hacen alarde de un apego obstinado a sus «costumbres ancestrales» («Moeurs ancestrales»), lo que nos sitúa precisamente en el meollo del enfoque costumbrista que supone necesariamente –como ya he dicho– la supervivencia intangible de tradiciones, costumbres y mentalidades arraigadas en un pasado lejano.

Las costumbres

256

En varios artículos, por ejemplo en «Les sérénades» y «Barcelone en 1808» (*MP*, 1857), no podían faltar las evocaciones de la siesta, del «refresco» (palabra dada en español), del «pelar la pava» (*idem*), «cuyo uso no ha desaparecido del todo en España».

En cuanto a la religiosidad, perdura el contraste entre la valoración de una fe profunda y la ridiculez de unas supersticiones absurdas y de unas prácticas extravagantes. En los «Souvenirs d'un voyage en Espagne» (*MP*, 1855) se advierte que, con frecuencia, «se encuentran contradicciones en España donde la devoción adquiere fácilmente un carácter casi idolátrico y no ejerce ninguna acción sensible sobre el comportamiento y las costumbres».

Se habrá notado que los responsables del *MP* no tienen ningún escrúpulo en ofrecer a sus lectores, en 1857, un artículo que se refiere a la Barcelona de casi medio siglo antes, y eso, no con la intención, en este caso, de señalar mutaciones sustanciales, sino, por lo contrario, de mostrar que las tradiciones se perpetúan sin cambio. Esa invariabilidad se constata en los cantos y las danzas: mientras que en la capital catalana se oyen o se danzan «tiranas», «seguedillas» (*sic*) y «boleros», en Aragón sigue familiar la «jota» (palabra dada en español), cuando el autor

anónimo del artículo cuenta su «Excursion aux bains de Panticosa» (*MP*, 1851); tampoco podía faltar el «fandango», danza, como otras, llena de «ligereza, vivacidad y alegría». Por supuesto, el instrumento más típico es la guitarra, mencionada en varios artículos.

Los vestidos

Cuando es un visitante extranjero el que refiere sus primeras impresiones visuales al adentrarse en España, su acercamiento a una realidad humana colectiva se da a través de su descubrimiento del vestuario en el espacio rural. La explotación de ese tema literario se remonta a, por lo menos, a un siglo atrás, pero se observa una mayor frecuencia a partir de mediados del siglo XIX. Quizá sea éste uno de los últimos refugios del costumbrismo inspirado por la realidad hispánica. Esa visión de los trajes tradicionales, por supuesto nada urbanos, burgueses e influenciados por las modas extranjeras, no da lugar, en los textos literarios y periodísticos, a ninguna divergencia de apreciación, manteniéndose incólume el interés por esa realidad específica, calificada de curiosa o pintoresca.

En «Les Maragatos» (*MP*, 1837), se describe detalladamente los vestidos masculinos y femeninos que «no se parecen a ningún otro en España». En «Les souvenirs d'un voyage en Espagne» (*MP*, 1854), la descripción va acompañada de un grabado de Rouargue, «Costume des femmes de Xixona et Alicante». En «Les Regateiros» (*MP*, 1856), salvamos la frontera hispano-portuguesa, pero el tema no carece de interés, porque, en la descripción de la indumentaria que esos personajes llevan durante ciertas fiestas religiosas, surge el adjetivo «pittoresque» («pintoresco») que ocupa un puesto central en la literatura costumbrista, tanto la francesa como la española.

En «Barcelone en 1808» (*MP*, 1857), dado que el grabado «habla» más que el texto, el lector accede directa e inmediatamente al conocimiento del vestido tradicional catalán de los varones (con la faja y el gorro), de las mujeres (con la mantilla y el abanico) y de las niñas.

Por fin, el lector de «Les fontaines d'Alicante – Le pantano» (*sic*) (*MP*, 1860) no esperaba la descripción del «espectáculo encantador» que ofrecen los alrededores de esas fuentes, una de ellas representada por un grabado de Rouargue en el que figuran mujeres y niños: «Las mujeres que van allí presentan todavía en su elegancia primitiva las variedades del traje

valenciano y es en el dialecto valenciano como contestan alegremente a las preguntas que les dirigen los forasteros en castellano».

La especificidad del idioma

Sobre ese «dialecto valenciano» que los castellano-hablantes oyen en Alicante, los lectores del *MP* no sabrán nada. Pasa igual con el gallego y el euskera, a pesar de la extraordinaria y sorprendente singularidad de ese idioma. En efecto, el acercamiento costumbrista al habla de los vascos no se da, a pesar de que Víctor Hugo había abierto la vía al relatar su viaje a Guipúzcoa en 1843¹³; pero, de hecho, en su relato, las palabras transcritas en castellano son infinitamente más numerosas que las transcritas en «vascuence» (*sic*).

La presencia del idioma catalán es ínfima en las dos revistas francesas examinadas. En «Barcelone en 1808» (*MP*, 1857), sólo aparece «espardanyas» para designar las singulares alpargatas. Las otras palabras transcritas literalmente no son catalanas, sino castellanas: «cotilla» y «redazillas» (*sic*, por «redecillas»).

En cambio, ha ido en aumento, a lo largo de la época romántica, la cantidad de voces castellanas, empleadas con o sin comillas. Pertenecen a varios dominios: al de los alimentos, de los cantos y danzas («malagueña», «jaleo», «bolero», «xacara», etc.), de los instrumentos de música, de la corrida de toros, de los alojamientos para turistas («venta», «posada», «hostal», «mesón»...), de los medios de transporte («galera», «coches», «colleras»...), de los oficios («aguador», «arriero»...), de los juegos de naipes («reversi», «tresillo»...), así como, pertenecientes a dominios variopintos, «bandolero», «cigarito» (*sic*), «romancero», «refresco», «pasar el rato», «se da de comer»... La tradicional visión costumbrista de España solía incorporar esos aspectos de la realidad idiomática, pero no me parece que los autores de artículos del *MU* y del *MP* hayan innovado, ni siquiera mínimamente. En el particular quedan muy por detrás de los Gautier, Mérimée y Dumas. Si hubieran sido unos mejores conocedores de la idiosincrasia de los habitantes, hubieran podido transcribir en el idioma original o traducir refranes populares. Pero, en ese dominio, el déficit es notable, porque, en las dos revistas, son mucho más numerosos los refranes procedentes de Italia o de Inglaterra.

13 - Hugo, Victor, *En voyage - Alpes et Pyrénées*, Paris, ed. sin fecha conocida. Otra ed.: Paris, J. Hetzel / Quantin, 1890.

Las mutaciones

Ni el examen de los artículos de tema español publicados en el *MU* y el *MP*, ni el de los libros en que se relata un viaje a España, ni el de obras ficcionales permiten fijar una fecha o señalar un breve periodo que marque una ruptura o una evolución en el enfoque costumbrista del país vecino. Quizá se puede adelantar el decenio 1840-1850, aunque, a lo largo de esos años, conviven la continuidad y las evoluciones.

Para los articulistas del *MP*, lo que se opone al cambio cualitativo de su mirada se explica en parte por tres razones. La primera es una especie de saturación provocada por la publicación, entre 1840 y 1850, de obras importantes firmadas por autores prestigiosos con los cuales no pueden competir los articulistas. Los literatos que narran su viaje a España o se refieren a ella de manera personal se llaman —clasificados aquí cronológicamente— Jean-Baptiste Laurens, George Sand, Théophile Gautier, Prosper Mérimée, Edgar Quinet y Alexandre Dumas¹⁴.

La segunda razón también tiene que ver con esa inhibitoria rivalidad; incluso la *Revue des Deux Mondes* ofrece, más que cualquier otra revista periódica, cantidad de artículos referidos a España; o sea que a los articulistas del *MP* les resulta difícil escribir textos originales. Ya que no pueden ir en pos de escritores renombrados, han de recurrir a autores menos conocidos o cotizados. A veces, tienen la honradez de nombrarles y, en esos casos, se advierte que ninguno de ellos intenta explorar o enfatizar a la España costumbrista que sobrevive. Esos autores a los que acuden los articulistas son, clasificados cronológicamente, el barón Karl Dembowski (1841), François Arago (1854) y Ernest Coeurderoy (1857)¹⁵. A aquellas alturas, en lugar de pedir

14 - Laurent, Jean-Baptiste, *Souvenirs d'un voyage d'art à l'île de Majorque*, Paris, A. Bertrand / Gibrant frères, 1840; Sand, George, «Voyage dans le Midi de l'Europe: un hiver à Majorque», *Revue des Deux Mondes*, 1841, t. XXV, pp. 165-192, 499-532, 781-837; Gautier, Théophile, *Tra los montes*, Paris, Magnien, 1843; Mérimée, Prosper, «Carmen», en *Romans et nouvelles*, Paris, Michel Lévy, 1846; Quinet, Edgar, *Mes vacances en Espagne*, en *Œuvres complètes*, Paris, Comptoir des imprimeurs unis, 1846.

15 - Dembowski, Karl, *Deux ans en Espagne et au Portugal pendant la guerre civile*, Paris, G. Gosselin, 1841; Coeurderoy, Ernest, «La corrida», en *Jours d'exil*, Londres, J. Thomas, 1854-1855. En lo que concierne a Arago, podía tratarse Arago, François, *Histoire de ma jeunesse (...)*, Bruxelles et Leipzig, Kiessling, Schnée et Cie, 1854. No excluyo la posibilidad de que, para escribir sus artículos en el *MP* a partir de 1855, los autores hayan sacado datos e ideas de obras recientes tales como: Latour, Antoine de, *Etudes sur l'Espagne, Séville et l'Andalousie* (2 tomos), Paris, Michel Lévy

prestados datos a Bourgoing o a Laborde, acuden a una obra española, nada impresionista, cuyo autor está poco atento al costumbrismo: se trata del *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (1845-1850) de Pascual Madoz. Así, el artículo del *MP* de 1860 sobre «Les fontaines d'Alicante» está sacado en parte de dicho diccionario español. Un examen profundizado, al que he renunciado, también revelaría posiblemente coincidencias con obras recientes, como las *Promenades en Espagne pendant les années 1849-1850* de Madame de Brinckmann¹⁶.

La tercera razón se sitúa a un nivel más profundo: vista desde el extranjero, España, igual que Francia, es ya una nación en la que enrarecen las huellas del pasado y se van extinguiendo las tradiciones culturales. Para el autor del artículo titulado «Souvenir de la Sierra Nevada» (*MP*, 1851), de la España antigua sólo se perpetúa un personaje, al haber desaparecido la España de Beaumarchais:

El arriero quizá sea en España el único español que aún pasea con la guitarra en la mano o colgada de la espalda. La edad de oro de las serenatas debajo de los balcones ha concluido hace mucho: no es más que un recuerdo mantenido en vida, mal que bien, por las fantasías del escenario. Los Fígaros y los Almaviva no son más que personajes de comedia.

Se estima que la atracción ejercida por la modernidad, en particular arquitectónica y tecnológica (el ferrocarril) y la difusión en auge de las modas extranjeras afectan la españolidad. El autor del artículo titulado «Le Prado—La promenade de Madrid» (*MP*, 1844) lamenta la escasa cantidad de mantillas: «El resto del vestido de las mujeres de Madrid, excepto el abanico, es a estilo francés. Los hombres van vestidos, de pies a cabeza, a imitación de París».

Por poco que los lectores del *MP* hayan leído los relatos de viaje a España de Gautier, Dumas o Mérimée, habrán notado que la hispanofilia,

frères, libraires-éditeurs, 1855; Mazade, Charles de, *L'Espagne moderne*, Paris, Michel Lévy frères, libraires-éditeurs, 1856. En el primer capítulo dedicado a «Madrid et la société espagnole», Mazade trata en particular de las «habitudes sociales» y de las «mœurs politiques», lo que anuncia el abandono del costumbrismo pintoresco a favor de un costumbrismo vinculado a la política del momento; pero, no por eso se pasan por alto los vestidos populares, el «sereno» (sic), la «manola» (sic) y los escritos de Serafín Calderón «El Solitario» que «ha escrito ensayos preciosos sobre los gitanos».

16 - Brinckmann, Madame de, née Dupont-Delporte, *Promenades en Espagne (...)*, Paris, Franck, 1852.

el entusiasmo o la indulgencia de esos autores apenas tienen un eco en el periódico, en el que menudean los reparos y reproches. El atractivo paseo madrileño del Prado no escapa a esa mirada dictada por la decepción: el lugar ofrece «un espectáculo monótono» porque «las damas que se pasean en su coche no bajan nunca de él y no salen de la alameda principal. Sólo se ve andar a las mujeres de la tercera y cuarta categoría (...)».

También las tradiciones han perdido su pureza original, a veces su significación y, en definitiva, su interés. La evocación inspirada por la mala intención, el desprecio, el rechazo o la inquina puede llegar a ser demoleadora. Es lo que pasa con la descripción de las «Fêtes de villages en Espagne—Romería» (*MP*, 1841): en las iglesias no se observa «ninguna piedad real, ninguna emoción religiosa». En Galicia donde la fiesta se celebra fuera de la iglesia sólo participan pasantes ociosos; la muchedumbre, inerme, «nada interesada, se aburre»; ni siquiera goza de placeres gustativos, porque ha de contentarse con pastelitos esponjosos y limonada espesa; luego, durante una hora, la «muñeira» (*sic*), o danza local, ofrece por fin un espectáculo agradable; pero la puesta del sol coincide con el despertar de los instintos belicosos; el juego se convierte en una riña general, con palizas y heridas; el autor que se complace sin escrúpulos en la exageración malévola asegura que interviene la policía y que se lleva al hospital a tres o cuatro moribundos...

Los cambios que conciernen a los habitantes

Los venteros

Por lo menos desde el siglo XVIII en Francia, la imagen de las ventas y otros alojamientos para viajeros era pésima, por combinarse en esos espacios la falta de confort, la pobreza, la suciedad y una repulsiva promiscuidad¹⁷. Pero, en general, los dueños quedaban a salvo de la censura, excepto cuando manifestaban una total indiferencia hacia los recién llegados. Pero, en el artículo «Voyages – Espagne» (*MU*, 1835-1837, t.III), a la imagen de las «posadas» (*sic*) a menudo asquerosas va unida la de los dueños, puesto que «en una gran parte de España, el oficio de ventero y de posadero» (*sic*) se considera como un oficio ruin y se suele despreciar a los que lo ejercen.

17 - Cf. varias referencias en Fernández Herr, *op. cit.*

Los pastores

Inscribiéndose más en la corriente literaria pastoril que en la literatura costumbrista, aunque «El pastor trashumante» descrito por Enrique Gil figura en la galería de *Los españoles pintados por sí mismos*, la imagen de esos habitantes del campo era embellecedora, ora por la vida sencilla, pacífica y placentera que se les atribuía, ora por la pureza de su mentalidad y costumbres. Ahora bien, en el artículo dedicado a «La Mesta» (*MU*, 1835), la integración de un grabado calificado por nosotros de costumbrista en el que sale el personaje con una ancha capa de paja y un extraño gorro puntiagudo no basta para que predomine una impresión grata:

Los conductores y los pastores suscitan el temor en todos los lugares por donde transitan. Ejercen un despotismo insultante que es una consecuencia del privilegio abusivo que tienen para llamar a cualquier persona ante el tribunal de la Mesta que casi siempre está a su favor.

Los labradores

En la literatura europea de los siglos pasados y, en particular, en la del Siglo de Oro español, los labradores reciben el mismo tratamiento idealizante que los pastores, por los mismos motivos. Reconozco que en *Los españoles pintados por sí mismos* no figura el labrador como tal, probablemente porque esa categoría socio-profesional se ha diversificado tanto que ya no se puede reducir a un tipo solo. Sobrevive exclusivamente, descrito por Enrique Gil, «El segador»¹⁸, procedente de Galicia, que se marcha en cuadrillas hacia Castilla.

Vamos a dar un salto en el espacio y el tiempo para pasar de Galicia a Murcia y del año 1843 al año 1855, con el fin de calibrar el cambio en el enfoque de la población rural y el paso del costumbrismo al post-costumbrismo. En el *MP* de 1855, en los «Souvenirs d'un voyage en Espagne», el campesino murciano no tiene nada a su favor por no ser ni apuesto, ni vigoroso, ni valiente:

El campesino de los alrededores de Murcia no es hermoso; tiene la tez pálida, es bilioso y a menudo calenturiento. Parece tener una complexión apática; y el aislamiento geográfico de su provincia, así como la falta de animación comercial e industrial que resulta de ese mismo aislamiento, sólo podía mantener y fortalecer su indolencia natural.

18 - *Los españoles pintados por sí mismos*, ed. de 1992, t. II, p. 79.

Los contrabandistas

Dejando de lado las Memorias de los militares imperiales que habían participado en la Guerra de la Independencia y tachado a sus adversarios guerrilleros de bandoleros, rufianes, aventureros, contrabandistas... los representantes de esos personajes en la literatura ficcional francesa más bien eran dignos de interés por el desempeño habilísimo y fructífero de sus actividades. No podían faltar en *Los españoles pintados por sí mismos*: Juan Juárez hace del contrabandista «un tipo (...) profundamente original», con «los hábitos, mañas, arterías con que se sustenta y vive a costa de la hacienda pública y del comercio de buena fe»¹⁹. En «Le fort de Lucque» (*MP*, 1843) (en realidad: Luque), situado al sur de «Castro» (se trata de Castro del Río, al suroeste de Baena), «vieja ciudad morisca, hoy en ruinas», suena a veces el silbido de «un terrible bandolero» que es más bien un contrabandista; en definitiva, la evocación conjunta de los habitantes de esa comarca, de los contrabandistas y de los bandoleros que la pueblan pertenece a la tradicional literatura costumbrista en la que conviven la guitarra, las canciones, las leyendas y la huella del pasado moro o morisco:

Los habitantes de esas rocas son atrevidos, vivarachos, voluntariosos, grandes aficionados a la danza, la música y, sobre todo, al contrabando. Se suele topar con ellos en los desfiladeros, con la guitarra colgada de la espalda y con la tercerola. Su imaginación está llena de leyendas y de cuentos moriscos, y no hay en toda España población más supersticiosa.

263

Esas líneas son un concentrado de elementos costumbristas habituales, casi caricaturescos, que en total embellecen a esos personajes, con el escamoteo de la fealdad de sus ocupaciones. Esa evocación se publica en el *MP* en 1843. Ahora bien, casi diez años después, en el mismo periódico, la nueva aparición del contrabandista en «Une excursion aux bains de Panticosa» (*MP*, 1851) no responde al deseo de celebrar su talento; la finalidad es la de mostrar una verdad nada seductora y arruina una visión estereotipada, «literaturizada» y «teatralizada», por así decir, y embellecedora. Con todo, esa nueva «lectura» prosaica, aunque no radical, no convierte al contrabandista en un ser aborrecible o despreciable, sino en un tipo humano trivial, acreedor a la piedad. Los contrabandistas ya no son más que trajinantes:

19 - *Los españoles pintados por sí mismos*, ed. de 1992, t. I, p. 423.

Es una horrible existencia la de esos contrabandistas. Hace falta no haberla visto fuera del escenario de la Ópera para que parezca poética. Los contrabandistas son unos pobrecitos que padecen mucho y no se divierten mucho (...). He sentido mucho que Béranger les haya honrado con sus canciones.

Los gitanos

Sebastián Herrero que en *Los españoles pintados por sí mismos*²⁰ dedica nada menos de diez páginas a la evocación de «La gitana» afirma categóricamente a propósito de sus congéneres que «sólo una raza (...) ha conservado su primitiva originalidad, sin que el tiempo, que todo lo arrastra en su violenta carrera haya podido despojarla de un solo de sus hábitos, de una sola de sus costumbres». Por cierto, la gitana de Sebastián Herrero no anuncia a la Carmen de Mérimée, pero, a pesar de la propensión de sus compañeras al robo, la estafa y la mendicidad, inspira en conjunto más el interés y la lástima que el desprecio y la censura, en particular porque «la Gitana abriga en su corazón un tesoro de amor para con sus hijos y un rico caudal de ternura para con su compañero».

En el *MU* y el *MP* se concede poco espacio a los gitanos, como si el tema estuviera agotado. En el *MP* de 1854, en «Les gitanos» (*sic*), artículo que va acompañado de un grabado de Rouargue, titulado «Gitanos (*sic*) de Triana», el autor que, de paso, cita el libro de Dembowski, *Deux ans en Espagne et au Portugal*, propone una versión tan prosaica y tan desprovista de poesía y de pintoresquismo que se distancia a la vez del romanticismo y del costumbrismo; en efecto, el autor se esfuerza por ofrecer una versión que es, o pretende ser, objetiva, fidedigna, impersonal y exclusivamente informativa; no consta ni de una pizca de nostalgia, de cariño y tampoco de censura; esos gitanos, aparentemente asimilados, son herreros o chalanés, a veces brujos.

Un año después, en 1855, en «Souvenirs de voyage en Espagne» (*MP*, 1855), salen unas gitanas que están a tono con un «meson» (*sic*) en Cartagena, en el que pulula la carcoma y se prepara una sopa con «un aceite rancio y hediondo»; actúan unas «asquerosas criaturas»: una vieja horrible, ayudada por «dos altas jóvenes»: «por su suciedad, su piel aceitosa, sus ojos de una negrura brillante, las conocí inmediatamente por su pertenencia a la raza antigua y sospechosas de los ‘gitanos’ (*sic*)».

Esas gitanas son, pues, personajes totalmente repulsivos; ni siquiera sus previsibles ojazos atraen al visitante...

En el transcurso de un año, hemos pasado de una visión pretendidamente objetiva a otra negativa, antinómica con versiones anteriores que hacían de los gitanos unos seres, si no admirables, por lo menos fascinantes por el misterio de su origen y la singularidad de su aspecto exterior, comportamiento y mentalidad.

La nueva sectorización

Conforme hemos adelantado, se ha ido plasmando y, luego, fortaleciendo la impresión decepcionante de un empobrecimiento y adulteración de la imagen costumbrista de España. Se perfila una posible y doble explicación. Es cierto que, a mediados del siglo XIX, la moda española se va extinguiendo en Francia, tanto en el área de la literatura como en la de los espectáculos. También se puede aducir el efecto paralizador del agotamiento temático que afecta principalmente el corazón de Andalucía, meollo del costumbrismo peninsular, territorio ahora demasiado trillado por los viajeros escritores. En el *MU* y el *MP* todo pasa como si Granada, Sevilla y Córdoba fueran ya incapaces de revelar nuevos tesoros arquitectónicos o folklóricos; mientras que se dejan de lado la Giralda y el Alcázar de Sevilla, en «Les murs moresques de Séville» (*MP*, 1859), el problema molesto que se plantea es el de la irrupción perjudicial de la nueva línea de ferrocarril que provoca la destrucción, calificada de vandálica, de una porción de las históricas murallas. La modernidad, en opinión del autor, consiste en «querer ir como el viento». Se censura a los andaluces por cometer el error de no preservar las huellas tangibles del pasado y, con ellas, la memoria de éste. En efecto, sólo son dignos de figurar en las galerías costumbristas los personajes portadores de una memoria colectiva que sacraliza los recuerdos.

Respecto a Andalucía, se procura paliar la saturación iconográfica de la admirable Andalucía del Guadalquivir y de la Sierra Nevada con la incorporación de una Andalucía menos visitada y celebrada, la del litoral atlántico y mediterráneo, con el complemento de la región de Murcia.

Quizá por haber estado vinculadas, a lo largo de varios siglos, al eje radial Irún-Burgos-Madrid-Toledo, las dos Castillas también sufren un relativo eclipse que provoca la merma de su potencialidad de «literaturización» costumbrista.

Sólo se asiste, en esa búsqueda dificultosa de un costumbrismo hispano renovado, a la tardía emergencia de cuatro sectores geográficos: Extremadura, Galicia interior, España cantábrica y País Vasco.

En las dos revistas estudiadas, pero puede ser que mi advertencia no valga para el periodo posterior a 1860, brilla por su ausencia la España insular, de los archipiélagos balear y canario.

El «advenimiento territorial» más llamativo y sorprendente es el de la España pirenaica, probablemente considerada, hasta mediados del siglo XIX, como insuficientemente atractiva, exótica y «dépayssante». Pero esa promoción no impone la celebración, ni de los aspectos paisajísticos y monumentales, ni de las tradiciones seculares. En efecto, en el artículo que se les dedica en el *MP* de 1841, «Les Agotes» del valle del Baztán²¹ no se benefician de ninguna rehabilitación y no son portadores de ningún signo que les haga pintorescos o atractivos; víctimas, a lo largo de los siglos, de una cruel discriminación, continúan tratados con desprecio por los indígenas y condenados a ejercer exclusivamente oficios viles. Esa visión se sitúa, pues, en las antípodas de la visión costumbrista.

Diez años después, un extenso artículo, en tres partes, está dedicado a una «Excursion aux bains de Panticosa dans les Pyrénées espagnoles» (*MP*, 1851). Descontando tres breves menciones, las informaciones costumbristas no contribuyen al rescate de la comarca y de sus habitantes; las excepciones se refieren al pueblo de Sallent (de Gállego), no bonito, pero con casas «pintorescas»; en segundo lugar, en los baños de Panticosa, la «jota aragonesa» (*sic*), seguida del obligatorio fandango, agrada por la ligereza y el brío de los participantes; por último, cuando, al final de la época de los baños, se marchan los señores de las ciudades, quedando sólo los campesinos locales, el espectáculo de sus vestidos tradicionales es divertido (*sic*). Pero el resto del relato no suscita ni la admiración ni la sorpresa: en la venta de Sallent, «el vino peleón huele a piel de macho cabrío» y la tortilla sabe a aceite rancio. Como lo vimos ya, los contrabandistas que hacen de guía para los turistas son meros mozos de

21 - «Agotes» es la denominación que recibían unos pobladores de los valles del Baztán y del Roncal en Navarra. Eran artesanos que trabajaban la piedra y la madera. Su origen misterioso alimentaba cantidad de hipótesis. Durante siglos han sufrido una discriminación, porque se les atribuía prácticas paganas. Tenían la obligación de llevar un signo rojo en sus vestidos. Puede ser que los datos a su respecto, disponibles en Francia, procedieran del libro de Michel, Francisque, *Histoire des races maudites de France et d'Espagne*, Paris, A. Franck libraire-éditeur, 1847.

cuerda. Y, en el interior del balneario de Panticosa, el autor del relato tiene que huir a la vista repulsiva de unas mujeres sentadas en un pasillo y peinándose: «Quizá perdure esa impresión a pesar mío y haga de talismán contra la fascinación que parece experimentar obligatoriamente todo francés que se aventure en España»; esas mujeres personifican la fealdad, en lugar de entusiasmar por su salero, la negrura de sus ojos o su meneo sensual; son unas anti-Carmen.

En definitiva, el único refugio territorial de un costumbrismo hispano atractivo, evocado sin reparo ni atenuación, tal como se plasma en el *MP* se sitúa curiosamente a caballo entre Francia y España. En la «République d'Andorre» (*MP*, 1846), sin sufrir la agresión de las modas, de la modernidad y de la invasión extranjera, los habitantes encarnan, a los ojos del autor fascinado y entusiasta, la hermosura estética y moral. No están lejos de un pequeño Eldorado ignorado. Se trata de una:

pequeña república modesta, pacífica, feliz, oculta en medio de las montañas, que vive con poca cosa, aunque preservada de la pobreza (...), al amparo de los vicios.

Agrada el saber que hay en ese rinconcito del mundo, muy cerca de nosotros, la imagen de una sociedad totalmente diferente de las demás y donde, en resumidas cuentas, por lo menos tanto como en otras partes, el bien triunfa del mal, y la virtud del vicio.

En esa celebración de los andorranos, cuenta más que toda la moral, producto de la religión, porque el autor se complace en señalar oportunamente que los habitantes son católicos. Así se perpetúan y acrisolan las tradiciones. Andorra es lo que queda de la añorada España de antaño: «Las costumbres de los andorranos son, más o menos, lo que eran hace quinientos o seiscientos años».

La nostalgia suscitada por la constatación dolorosa de que las tradiciones seculares se van perdiendo inexorablemente ha caracterizado, desde el principio, la escritura costumbrista. Pero, en su periodo de auge, quedaba en España una gran cantidad de vestigios del pasado, emocionantes o pintorescos. La novedad, a mediados del siglo XIX, como lo ha puesto de manifiesto el examen del *MP*, es que la ofensiva de la modernidad, unida en Francia al declive de la moda española, hace que la fuente del costumbrismo literario de tema español se dé por agotada, a excepción –como vimos– de algún que otro refugio preservado. Más tarde, en el siglo XX, la interminable búsqueda de costumbres seculares

supervivientes llevará a los literatos a encaminarse hacia zonas poco conocidas o frecuentadas hasta entonces. En la literatura nacional española llegará la hora de las Hurdes o de las llanuras del bajo Guadalquivir, pero estará ausente el pintoresquismo. Borrada ya España del mapa de los territorios susceptibles de alimentar una rica, novedosa y placentera literatura costumbrista, los escritores volverán sus pasos y sus miradas, más a menudo, hacia otros espacios por descubrir, en la Europa central y nórdica, en América latina o en Asia. En el *MU* y el *MP* aquí examinados, el contraste es ya patente entre la pobreza cuantitativa del material costumbrista español y la riqueza proliferante de la oferta procedente de Islandia, Noruega, Hungría, Egipto, México, Chile, Camboya, Japón...